Los Pantalones Mágicos

Salvador Guerra

LOS PANTALONES MÁGICOS

SALVADOR GUERRA

Para Gaspar, Cristóbal y Sebastián.

Capítulo 1

Los pantalones

La familia Zamora era terriblemente pobre. Vivían en la casa más pequeña y ruinosa del pueblo Chillunque. La familia era de cinco personas:

-La señora Zamora, una mujer muy amable, alta y con cabello negro y rizado.

-El señor Zamora, que era calvo y algo barrigón. Vendía periódicos en un kiosco (aunque su sueño siempre fue ser periodista).

-Claudia Zamora, era la hija mayor. Normalmente estaba siendo retada por su padre, ya que su pololo lo único que hacía era molestar a Javier, el hijo menor.

-Javier. Tenía seis años, era llorón y cuando le echaban la culpa de algo se iba moqueando a los brazos de la señora Zamora.

—¡Fue Emilio! ¡Fue Emilio! —gritaba.

-Emilio era el hermano del medio. Probablemente más despierto que Javier o Claudia, Y aunque

era el menos destacable de la historia, su descubrimiento es la razón de porqué estamos aquí.

Todo esto ocurrió en el año 2009, cuando en la tele transmitían un episodio de 31 minutos. El pequeño Javier tenía la cara pegada a la pantalla, mientras Emilio no era capaz de quitar la cabeza de la almohada. Su madre, por más que trató de despertarlo, no lograba que reaccionara. Hasta que le susurró:

—Hice pancito con queso de desayuno.

Y automáticamente Emilio se levantó… pero se decepcionó al ver que era una mentira.

—No puedo creer que siga cayendo en ese truco —dijo, sorprendido de su ingenuidad.

En ese momento su madre puso una cara horrorizada, tan horrorizada que se olvidó del pancito falso.

—¿Qué es ese ruido?

Se quedaron callados, y ahí ella entendió.

—¡El bus! ¡Chanchito, llegó el bus! ¡Apúrese!

Efectivamente, era el bus del colegio.

Emilio estaba en pijama, pero sus papás se esforzaban mucho en pagar el colegio, así que no estaba dispuesto a perder ni un día de clases. Tomó sus cuadernos, se puso sus sandalias y tomó su polerón. Empezó a seguir el bus que iba a toda velocidad y apenas lo alcanzaba, ya que iba corriendo, poniéndose el polerón y tratando

de que sus cuadernos no se cayeran. Trató de correr más rápido, para que la conductora lo viera.

—¡Tía! —gritaba Emilio, tratando de correr lo más rápido que podía— ¡Tíaaa! ¡Pareeee! ¡Ábrame la puerta!

Emilio corría por toda la calle persiguiendo al bus y seguía gritando, pero la conductora ni siquiera lo oía. Y de repente, justo cuando pensó que iba a explotar…

¡Plaff! Chocó contra un bote de basura.

Sus cuadernos salieron volando, cayó al suelo y todo el contenido del basurero también. Entonces vio que el bus se había esfumado. Desesperado (y medio aturdido), Emilio se puso en cuatro patas para tomar todos sus lápices y cuadernos. Fue entonces que se percató de lo que tenía a unos metros frente a él: en medio de la basura había un pantalón. Pero no era el pantalón el que llamó su atención, si no el papelito anaranjado asomando por uno de los bolsillos. Se olvidó de sus útiles y fue a ver que era. Y cuando lo sacó se llevó una gran sorpresa: ¡Era un billete de 20 lucas!

No lo podía creer, cuando se dio cuenta de que había otro billete asomando por el bolsillo. Lo sacó ¡Y había otro! ¡Y otro más! No paraban de salir...

Tomó el pantalón y miró por dentro del bolsillo: no había nada.

Entonces metió la mano y sacó otro billete. Se preguntó si había otros billetes en los otros bolsillos. Metió la mano y en vez de sacar

uno de veinte mil sacó uno de mil. Salían billetes distintos, de cinco mil, de diez mil, por cada bolsillo.

Estaba emocionadísimo, porque desde hace tiempo que su familia era pobre, pero con esos pantalones podrían arreglar todos sus problemas económicos.

Sonriendo, Emilio tomó sus cosas, el pantalón, y se fue corriendo a casa.

Capítulo 2

El computador nuevo

Emilio se devolvió corriendo a casa. Con el polerón puesto, los cuadernos en su lugar y los pantalones que había encontrado bien dobladitos entre sus brazos. No se preocupó de faltar al colegio: con todo ese dinero podría recompensar ese gasto. Cuando llegó a casa, se encontró con Claudia.

—¿¡Qué haces aquí!? —le pregunto, enojada —. Deberías estar

en el colegio—dijo, como si no se notara que ella estaba allí.

—Pensaba que tú también debías estar allá…— comentó Emilio.

Ella se calló y se fue corriendo al colegio.

Emilio se olvidó de Claudia y entró a la casa. Emilio llegó a la cocina, donde estaba su madre.

—¿Lo alcanzaste? —le preguntó.

—¿Tú qué crees? —replicó Emilio—. Pero en

cambio encontré algo —anunció, sacando su mano para mostrarle todo el dinero y el pantalón.

Su madre se quedó con la boca abierta.

—¿Y esto? —preguntó.

—Encontré este pantalón y me di cuenta que sale dinero de él —dijo Emilio.

—Oye, pero…—tartamudeo su madre—... esto a lo mejor es de otra persona…

La señora Zamora miró un momento su reflejo en una olla que relucía en el lavaplatos.

—Y me di cuenta que salen que los billetes salen de la nada —dijo Emilio, sin prestarle atención.

Su madre metió la mano en el bolsillo para comprobarlo y sacó un billete de veinte mil.

—¡No puede ser! —gritó impresionada.

La cara de la señora Zamora cambió de expresión unos segundos. Cuando volvió a la normalidad, dijo:

—Bueno, no importaría que saquemos un poco… —dijo, guardando un billete de veinte mil.

Esa tarde pasó algo que los Zamora nunca pensaron que fuera a pasar. A las cinco de la tarde llegó el señor Zamora y Claudia, junto a Javiercito, después del jardín infantil. Mientras tomaban once, Emilio y su mamá decidieron mostrarle a su papá los extraños pantalones.

La situación pasó así: estaban todos comiendo el

pan con mantequilla y tomando el té cuando Emilio dijo:

—Papá… yo y la mamá le tenemos una sorpresa.

—¿Qué sería? —preguntó el señor Zamora.

—Bueno…—entonces la señora Zamora sacó el pantalón por debajo de la mesa y se lo mostró a su esposo.

—¿Y eso? —preguntó el señor Zamora.

—Hoy en la mañana, cuando traté de alcanzar el bus, choqué con tarro de basura y…—Emilio fue interrumpido en ese instante por su padre, mirando el pantalón con cara de asco y diciendo, mientras se retiraba de la mesa:

—¡Pero no! ¡Ustedes no pueden andar sa…!

Entonces el señor Zamora se quedó mudo al ver que Emilio sacaba un billete de veinte mil del pantalón y luego otro y otro más. Entonces fue corriendo hacia al otro lado de la mesa y le arrebató los pantalones de las manos a la señora Zamora.

—¡Pero no, poh! —gritaba el señor Zamora, medio rabioso y asqueado-. Esto no es nuestro ¡No se pueden aprovechar de algo que no es suyo! ¡Por la re…!

Se habían olvidado que también Claudia y Javiercito también estaban allí y que miraban muy interesados lo que pasaba. El señor Zamora iba

de un lado a otro, mientras, la señora Zamora lo perseguía intentando robarle los pantalones azules que este levantaba en el aire para que ella no los alcanzara.

—¡Dámelos! —gritaba la señora Zamora, saltando.

Pero él seguía poniéndolos en altura.

—¿Pero qué pasa? —decía, casi riendo por los enormes saltos de

rana que daba su esposa.

—¡Saca uno! —gritó Emilio, desde su asiento.

—¿Ah? —preguntó el señor Zamora, poniendo una mueca de confusión.

—¡Mete la mano en un bolsillo y saca dinero!

El señor Zamora pareció como hipnotizado por unos segundos. Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de veinte mil.

—Ya ¿y?

—¡Saca otro! —ordenó Emilio.

El señor Zamora no terminaba de entender, pero sacó otro. Y otro. Y otro.

Ahora ya no entendía cómo podía caber tanto papel dentro de un bolsillo.

Y miro sorprendido mientras seguía saliendo dinero sin sentido aparente.

Parecía una fiesta de colores: sacó uno de mil,

uno de cinco mil, otro de veinte mil. Los colores variaban y ahora había regado el piso con un charco creciente de dinero.

Claudia casi se atragantó con el té y Javiercito no decía nada.

—¡Ay, nooo! —gritaba la señora Zamora al ver tanto dinero en el suelo.

Claudia se levantó de su asiento y se puso a recoger los billetes.

Javiercito no se resistió de tomar un puñado de dinero y lanzarlo en el aire como si fuera confeti. Emilio miraba desde su silla cómo todos se volvían locos.

Su padre sacando plata, su madre gritando, su hermana recogiendo y su hermano llorón jugando.

—¡Aaaah! —gritó, haciéndose escuchar. Y todos se callaron —.

¿Qué vamos a hacer con todo este dinero?

—Tengo cientos, miles y millones de ideas —dijo el señor Zamora, haciéndose el misterioso.

Y era cierto.

Al día siguiente la luminosa pantalla de un computador brillaba en el living.

—¡Nuestra primera compra! —grito el señor Zamora en el living con todos a su alrededor, contemplando lo bello de lo nuevo— Niños, les

presento nuestro nuevo mega computador HP con miles de kilos de memoria y pantalla Samsung de cientos de pulgadas.

Los niños miraron impactados tanta tecnología.

—¿Tiene Youtube? —preguntó Javier.

—¡Claro que tiene esa cosa! —exclamó el señor Zamora, enseñándoles el video de un gato tocando piano.

Esa noche fue feliz. Fueron a un Pizza Hut a comer y pidieron super extra palitos de ajo. Todos reían y reían. Ese extraño pantalón les otorgaba felicidad, comida rica, ropa nueva y otras formas de entretenimiento. Los Zamora se veían totalmente distintos a como eran antes. Se veían como una familia de comercial de detergente. Lo único faltaba era que una voz dijera;

Compre ya…

El nuevo detergente "Ente" va a cambiar sus vidas…

Aplique cuidadosamente el "Quitamanchas 006."

Y en cuestión de segundos sus prendas quedarán relucientes…

Cuida la ropa de tu familia con Detergente "Ente".

Pero pronto se darían cuenta de que el pantalón no les otorgaba felicidad, sino unos simples papelitos con dibujos de Arturo Prat y Gabriela Mistral y Andrés Bello y nada más que eso.

Por un tiempo fueron felices y comieron perdices.

Ah, verdad: también comieron pizza.

Capítulo 3

Y no comieron perdices

En otro lugar de esta historia, un anciano brujo maldecía furioso dentro de una cueva.

—¿¡Dónde están mis pantaloneeeeees!? —gritaba enojado —.

¡MALDITOS!

Estaba enojadísimo.

Y en puros calzoncillos.

Ridículo.

Había perdido sus pantalones unos días atrás y esa era la única pertenencia mágica que le quedaba.

Lo habían castigado poniéndole una alarma, que avisaría si se atrevía a hacer magia negra de nuevo. ¿Qué haría ahora? Lo habían desterrado de su tierra natal, con la esperanza de que nunca volviera. Y si lo hacía, por lo menos la alarma les haría saber a los policías de la magia que había desobedecido. ¿Qué haría ahora?

No sabía qué hacer.

Estaba enojado y loco.

Pero estaba tan desesperado que no le importaba que los policías lo pillaran haciendo algo que le costaría pasar su vida en la cárcel.

Ni siquiera pensó que lo primero que debía hacer era desactivar la alarma (es que estaba demasiado preocupado por el dinero de sus preciados pantalones).

Miró a todos lados, pensando que alguien estaría en la cueva espiándolo.

Obvio que no había nadie.

Entonces juntó sus manos y empezó a murmurar cosas.

—Eskatem kein. Guertelam ¡Maldyjoustren!

Una llama verdosa salió de sus manos. La llama se fue torciendo y girando, hasta que dio la impresión de ser un pequeño tornado.

Había enviado un mensaje a los espíritus del inframundo. Les había dicho que quien fuera que portará sus pantalones en ese momento, fuera controlado por la impaciencia, la exageración y el odio profundo a sus cercanos, haciendo que sus conocidos cayeran en un círculo de odio, rencor y violencia.

Ah, y claro, y también pidió que sus amados pantalones llegaran a sus cochinas manos.

Porque seguía en calzoncillos, además.

Capítulo 4

Familia enloquecida

Emilio se fue dando poco a poco cuenta del extraño comportamiento que sus padres y que Javiercito empezaron a tener.

Cada día estaban más raros.

Sus padres ya no se comportan de la misma manera. Ahora sus caras no tenían la expresión amable de antes. Se veían muy serios. y Emilio ni se acordaba de la última vez que habían hablado. Cada vez que llegaba del colegio, la casa tenía algo nuevo y lujoso que habían comprado con el dinero misterioso.

La casa ya no tenía ese toque de humildad de antes. Parecía como que a una reina no le hubiera gustado nada y se le hubiera ocurrido hacer unos cuantos cambios. Muchos, la verdad.

Lo más raro fue que después de irse a dormir habría jurado que se escuchó un fuerte golpe.

Cuando Emilio se levantó y fue hasta el living esa

mañana, se encontró con que el living no parecía el mismo: ahora había una enorme mega pantalla plana y curva. Los sillones de la época de la abuela ahora eran unos sofás relucientes color café moro y en vez de haber un computador, ahora había tres (uno era gamer pro).

Camino a la cocina, vio a su madre de espaldas lavando los platos.

—Mamá, ¿qué es todo eso...? —Entonces Emilio se sorprendió, cuando la figura se volteó.

No era su madre, sino que una señora de unos cincuenta años.

—Hijo, te presento a Rosario.— dijo la señora Zamora, mientras entraba y se acomodaba en su asiento—. Es nuestra nueva empleada.

Emilio se volvió hacia la izquierda. Su madre estaba sentada en una mesa de madera redonda que antes no estaba en la cocina. Ella también se veía distinta. Sus rizos apenas se notaban. Tenía el pelo liso y más corto. Vestía un vestido blanco sin mangas, y también llevaba puesto un collar de perlas en el cuello.

—Mamá ¿qué está pasando? —preguntó Emilio.

—Tu padre y yo opinamos que hay que aprovechar el dinero —

dijo la señora Zamora, con voz seria.

—Pero, no sé si sea necesario tener dos computadores más.

—Javier quería uno solo para él —dijo en tono de indignación la señora Zamora—. Y tú deberías estar preparándote para ir a tu antiguo colegio.

—¿Cómo que “antiguo colegio”?

—Decidimos qué te llevaremos luego a uno más caro. Por ahora seguirás yendo a esa pocilga

—¡Pero a mí me gusta esa pocilga! —grito Emilio.

—Shhh —lo calló su madre, mirando su nuevo reloj—. Son las 7. El autobús llega en una hora ¡Ve!

—¿Dónde está el pantalón? —le preguntó Emilio, sin moverse de donde estaba.

—No te lo diré —dijo enojada la señora Zamora.

—¿Dónde está? —repitió Emilio.

—¡¡¡NO TE DIRÉ!!! —gritó la señora Zamora aún más furiosa—.

¡Ve a alistarte! ¡AHORA! —ordenó.

Emilio salió de la cocina y fue a su pieza.

—Ay... No sé qué le pasa…. —le murmuró la señora Zamora a Rosario, cuando Emilio se fue.

Emilio fue a su pieza a alistarse. Su madre estaba extraña, y ni quería imaginar cómo estaría su papá…

Sintió algo de alivio al irse al colegio.

Al llegar, todos se habían dado cuenta que la

ropa de Emilio ahora era nueva (antes, siempre llevaba ropa vieja).

Su ropa nueva lo hacía verse como todos los demás niños, pero por muy bien que se viera, en su interior sentía que algo definitivamente

estaba mal. Y parecerse a los demás no lo hacía feliz.

Un rato después, cuando terminó la clase de matemáticas, Emilio tuvo ganas de ir al baño. Caminó un poco por el pasillo de la escuela.

Estaba todo normal, cuando de repente sintió que se mareaba. Empezó a ver todo borroso y se sintió cansado.

Entró al baño y estaba a punto de entrar en una cabina cuando creyó haber visto a alguien más en el espejo. Se devolvió a mirar. No había nadie más. Pero se dio cuenta de un ligero cambio en su rostro. Parecía que algo en su interior se movía. Se acercó al espejo para mirar más detalladamente su reflejo. Fue entonces que una mano salió del espejo y trató de arrastrar su cara.

—¡NOOO! —gritó.

Cuando logró liberarse del espejo se dio cuenta que ya no era un espejo. Un enorme agujero estaba en la pared. Era un agujero verde.

Todo giraba. Era como un tornado. Emilio ahogó un grito y en ese momento un niño entró al baño.

—Oye ¿estás bien?

Emilio se volteó a su derecha. Había un niño que lo miraba asustado.

Emilio dirigió de nuevo su mirada al espejo. Su reflejo lo miraba temeroso. El agujero verde había desaparecido. Se volvió al niño y dijo, nervioso:

—No... Nada.

Emilio trató de tranquilizar su corazón, que palpitaba continuamente.

El miedo se fue un poco. Y Emilio salió lentamente del baño.

Cuando volvió a su casa, esta se veía aún más distinta: había una alfombra roja en el piso y un enorme candelabro colgaba encima del comedor, el cual tenía un mantel largo con elegantes platos blancos de porcelana.

Una radio transmitía las noticias, el plasma una

película. Y Javiercito tenía en los tres computadores el video del gato tocando piano. Todo al mismo tiempo y llenando el living de ruidos. Y con los volúmenes de los computadores al máximo.

—Oye, Javier ¿Puedes bajarle el volumen?

—¿Qué? —preguntó Javier a lo lejos.

—¡Baja el volumen!

Javier no lo escuchó. Se volteó sin tomarle atención y siguió mirando al gato.

Emilio se hartó. Fue hasta los computadores y los desenchufó uno por uno.

—¡Oye! —exclamó Javier—. ¡¡¡PRÉNDELOS!!!

—¿Dónde están el papá o la mamá? —preguntó Emilio.

Javier se puso a llorar.

—¡Préndelos! —chilló—. ¡Ahora!

—¡No! —gritó Emilio—. ¿¡Dónde están todos!?

—¡El papá y la mamá están en el supermercado! —gritó Javier,

con la voz ronca.

—¿Y Claudia?

—¡En su pieza!

Emilio se alejó de Javier y caminó por el pasillo, camino a la habitación

de Claudia. Mientras, Javier lo seguía gritándole:

—¡Estoy harto de ti!

Entró a la habitación y le cerró la puerta a Javier en la cara.

Claudia estaba sentada en su cama. Parecía ocupada hablándole a su pololo por teléfono. Le dijo “chao”, y se volteó indignada mirando a

Emilio, que había entrado a su pieza. Entonces le empezó a gritar.

—¡¿QUÉ HACES EN MI PIEZA!?

Emilio cambió de tema.

—Oye, ¿No te das cuenta que los papás ahora se compran de todo?

—Sí, sí. Me doy cuenta —dijo en tono de “¡No te puedo creer…!”, sarcásticamente.

—¿No te acuerdas que cuando éramos chicos jugábamos a “La Caja del Tiempo”? —recordó Emilio.

—Ya ¿Y?

—No sé... Siento que éramos un poco más felices... No sé… Los papás y el Javier han estado bien raros…— señaló Emilio.

—Emilio, vivíamos en la miseria. ¡M-I-S-E-R-I-A! Y esa cuestión de la Caja del Tiempo, era una tontería ¿Te parece entretenido meter unos dibujos en una caja?

—Tú no entiendes… ¿Todavía tienes los dibujos?

—No. Los quemé en la chimenea.

—¿¡¡QUÉ!!?

—Ná. Mentira. Los tengo aquí guardados.— Claudia abrió el cajón de la cómoda y sacó una caja de cartón.

Emilio se sentó a su lado. Y abrieron la caja para mirar su interior.

Cientos de papelitos doblados. Emilio tomó uno y lo abrió. Era un dibujo que probablemente había dibujado cuando tenía seis años. En este salían

él, la señora Zamora, Claudia, y cómo se imaginaban que sería Javier, y el señor Zamora, con una cámara y un micrófono.

—¡Mira! ¿Te acuerdas que el papá nos decía que quería ser periodista?

Emilio miró a Claudia, la cual se veía hundida en sus pensamientos, mientras miraba el suelo fijamente.

Emilio no lo sabía, pero Claudia y la señora Zamora habían tenido una discusión la noche anterior. Claudia recordó los gritos. Y la fuerte

cachetada en la cara.

—¿Qué pasa? —le preguntó Emilio.

—Cambiaron mucho…—murmuró Claudia—. Anoche tuve una pelea con la mamá.

—¿Por qué?

—Cuando volvimos del Pizza Hut empezó todo. Tú te fuiste a

dormir, y la mamá fue a mi pieza y me empezó a gritar sin sentido —

explicó Claudia —. Decía algo como “¡Te odio!” y así… Yo me harté y empecé a gritar también. Pero fue ahí cuando me golpeó.

Emilio comprendió.

—¿Entonces el ruido que escuche anoche fue…?

—¿Lo oíste?

—Si. ¿Te digo mi opinión? Yo creo que deberíamos deshacernos de esos pantalones y ver si logramos volver a la normalidad... El pantalón tiene algo que ver en esto. Y prefiero ser pobre de nuevo a que los papás se comporten como robots.

—Pero Emilio, ¿Cómo vamos a vivir? Todo es plata, todo es plata

¿Y?

—Pero ¿Qué tal si el papá empieza a estudiar periodismo? El cree que es muy viejo. Pero nunca es tarde para empezar.

—Emilio, ¿sabes cuánto cuesta ir a una universidad? ¿Ves? Para todo hay que tener dinero…— Claudia empezó a oírse desanimada.

—Bueno ahí vemos ¿Ya? Tranquila… —Emilio se dio cuenta que Claudia ponía cara de que estaba conteniendo el llanto.

—¿Y cómo los vamos a convencer? —preguntó Claudia, con voz preocupada.

—No sé…—respondió Emilio.

—¡Me arrepiento de haber tomado ese dinero! — Claudia se quejó.

Y disimuló para que no viera sus ojos llorosos.

Emilio miró de nuevo al dibujo que tenía en la mano.

—¿Me lo puedo quedar? —preguntó.

—Si —contestó Claudia.

Fue entonces que se escuchó el grito:

—¿DE QUÉ HABLAN?

Se voltearon. En la puerta estaba el señor y la señora Zamora.

Ahora ni siquiera parecían dueños de casa, sino que eran como dos empresarios.

Ambos tenían una pose recta y firme (hasta estricta). Y con una cara fruncida, como si no tuvieran nada más que hacer.

—Nada —respondió Claudia, tímida y guardando la caja en la cómoda.

Emilio guardó rápidamente el dibujo en el bolsillo de su pantalón.

Y hicieron como si nada.

Capítulo 5

La Inundación

Todos estaban sentados en la mesa del comedor, esperando a que Rosario trajera la cena. Emilio estaba sentado al lado derecho de la mesa al lado de Claudia. Y a la izquierda estaban el señor, la señora Zamora y Javier, al lado de su madre.

Emilio y Claudia miraban fijamente a sus padres.

—¿Dónde están los pantalones? — Emilio rompió el silencio.

—Eso no te importa — le respondió el señor Zamora.

—Emilio, no hables de eso — le susurró Claudia.

—Pero ¿Y cómo vamos a deshacernos de los pantalones? —preguntó Emilio, en voz baja.

—No sé —le susurró Claudia a Emilio—. Creo que primero deberíamos averiguar de dónde sale el dinero. A lo mejor hay que abrir los bolsillos y ver si…

—¡Nos quieren robar la felicidad! — exclamó Javier, dándose cuenta de los cuchicheos entre Claudia y Emilio.

—¿CÓMO? — preguntó la señora Zamora, furiosa y lanzándole una cara indignada a Emilio y Claudia.

—¡Eso! ¡Lo tienen todo pensado! —grito Javier —. ¡¡¡AAAAAAAAH!!!

—¡Mamá! —se quejó Claudia—. ¡Ya poh! ¡El Javier ha andado todo el día molestándonos!

—¡¡CALLATE!! —chilló Javier.

—¡Eres un…!

—¡Cállate! —repitió la señora Zamora, tomando su bolso y sacando unos billetes—. Toma, renacuajo insolente —le dijo a Javier, pasándole el dinero.

—¡Maldita vieja! —grito Javier, golpeando en la mano a la señora Zamora, haciendo que soltara el dinero.

La señora Zamora levantó la mano y ¡paf! le pegó a Javier en la cara.

—¡¡¡AAAAAAAH!!! — gritó Javier.

Rosario vino corriendo a ver qué sucedía.

—¡Váyase! —le gritó el señor Zamora.

Rosario salió corriendo por la puerta.

Después Javier se paró de su asiento y caminó hacia la cocina.

El señor y la señora Zamora lo siguieron. Emilio y Claudia fueron tras ellos.

Cuando entraron a la cocina, se dieron cuenta que el caos no terminaba. Javier tomaba los platos que estaban pegados a la pared y los tiraba al suelo. Y al frente de Javier, el señor y señora

Zamora miraban horrorizados como los platos se reventaban en muchos trocitos.

Javier gritaba:

—¡Los odioooo!

—¡¡¡Maldito niño!!! —gritaba la señora Zamora, enojadísima.

El señor Zamora enloqueció y saltó en dirección a Javier, tirándolo al suelo y aplastándolo. La señora Zamora corrió hacia ellos y se tiró también encima.

Los dos, en el suelo, tomaron de la cabeza a Javier. Abrieron el horno que tenían al frente, el cual en su interior tenía un pollo ya quemado. Tomaron a Javier de sus brazos y cabeza. Y lo acercaron al horno humeante.

—¡¡¡NO!!! —gritó Emilio.

Emilio corrió y antes de que dejaran rostizado a Javier, agarró los brazos de sus padres. Pero parecía que ellos se habían vuelto muy fuertes, ya que apenas podía sostenerlos. Desesperado, Emilio miró a Claudia que estaba parada ante la puerta, sin saber qué hacer.

—¡Claudia! ¡Apaga el horno! —le gritó Emilio.

Claudia miro fijamente el horno. Corrió apurada hasta él y giró la manija hasta que se apagó. Emilio soltó los brazos de sus padres y ellos soltaron la cabeza de Javier, que se dio un golpe con el suelo.

—¡Estoy harto de ustedes! ¡NO ME DEJAN HACER NADA! Los odio —. Javier pataleaba en el piso, casi rodando.

La señora Zamora se levantó y miró a Emilio y a

Claudia, que estaban parados al frente de ella.

—¡Casi lo matan! —le gritó Claudia a su madre.

La señora Zamora le dio una bofetada a su hija. La bofetada sonó fuerte y Claudia se mantuvo parada.

Emilio, jadeante, casi lloró por lo sucedido.

—Los odio… —murmuró, también jadeante, la señora Zamora, mientras tomaba de la oreja a Claudia y del brazo a Emilio.— ¡Ustedes son unos tontos! —les decía mientras los tironeaba por el pasillo.

Llegaron a la puerta de la habitación de Claudia. La señora

Zamora los tiró al suelo de la habitación y, antes de que se pudieran levantar, había cerrado la puerta.

Trataron de abrirla, pero estaba bloqueada con

algo al otro lado.

Estaban encerrados.

—Casi matan a Javier… —murmuró Claudia a punto de llorar.

—¿Nunca te has preguntado de dónde sale el dinero? —preguntó Emilio.

—¡¿Y ahora te lo preguntas?! —dijo enojada Claudia.

—¿Y por qué estaban en la basura? —siguió Emilio.

—¡Porque son una basura! —exclamó Claudia.

—A lo mejor están malditos…—teorizó Emilio.

—¿Ves? Tanto pensar en la plata que ni nos importaba saber de dónde venía... —dijo Claudia, sentándose al borde su cama.

—Ya, déjate de andar pesimista. Tenemos que encontrarlos y destruirlos ¿Qué te cuesta pensar en eso?

—¿Y dónde crees que están?

—No sé. Desde que el papá nos compró el compu no nos han dicho nada… Tal vez… ¿En su pieza?

—Bueno, entonces... vamos a buscarlos —dijo Claudia, queriendo que todo esto acabara.

A Emilio se le ocurrió otra pregunta.

—Bueno y ¿cómo crees que sacan el dinero?

—¿Eres tonto? Del pantalón, obvio.

—No me refiero a eso. Me refiero a que no me imagino a una persona, todo el día sacando billetes uno por uno del pantalón —dijo Emilio —. Hay que sacar y sacar y…

Fue interrumpido por un extraño sonido, como de cosas finas chocando una y otra vez. No se preguntaron qué era.

—Ya, salgamos a buscarlos —dijo Claudia abriendo la ventana que estaba al lado de su cama.

—Bueno: salimos por la ventana, entramos por otra. Tratamos de no hacer ruidos y buscamos los pantalones ¿sí?

—¡SÍ! —respondió Claudia, sacando la cabeza y las piernas por la ventana.

Como la casa era de un solo piso, al salir ya estaban en el patio.

Una vez que salieron, caminaron por el patio. Era de noche y apenas veían. Lo único que les iluminaba era la luna y una luz que salía de la casa.

Vieron una ventana. La abrieron y, cuando pusieron los pies en el piso, sintieron algo suave en lo que casi se hundieron.

Entonces se dieron cuenta de dos cosas:

Primero, que habían entrado por la ventana de la cocina. Y luego, que el piso estaba lleno de billetes, los que casi les llegaban hasta las rodillas.

En el fondo veían que caían más billetes. La cocina se había convertido en una piscina de dinero.

—¿Pero qué es…?

Caminaron por la habitación, anonadados.

Salieron por la puerta y avanzaron al living comedor. Entonces, ahí vieron al culpable de que la casa estuviera llena de dinero: los pantalones estaban colgando en el candelabro del techo, boca abajo, de modo que los billetes caían sin freno y chocando en el suelo e inundando el comedor y el living.

Capítulo 6

Una caminata larguísima

Emilio y Claudia corrieron hasta el candelabro que colgaba encima de la mesa del comedor.

Los billetes cayendo parecían las gotas de una terrible tormenta. Se subieron hasta que estuvieron de pie encima de la mesa y a unos centímetros de llegar al candelabro, donde los pantalones estaban colgados.

Emilio estiró sus brazos hasta que agarró una pierna del pantalón y Claudia alcanzó la otra pierna. Tiraron de él y el pantalón cayó en sus manos.

Todo salió perfecto, de lo mejor, de hecho, extrañamente bien… De no ser porque la casa se veía desolada y, aun así, todas las luces estaban prendidas

—¡¿QUÉ HACEN?!

Emilio y Claudia se voltearon.

—Con que así sacan todo el dinero ¿eh? —dijo Emilio.

—¡Malditos! —se escuchó la voz chillona de Javier.

Era el señor, la señora Zamora y Javier. Estaban en pijama. Parecían muy malhumorados.

—¿CUÁNDO SE CAMBIARON DE ROPA? —Claudia no entendía.

—Hace unos minutos estaban vestidos de otra forma…

Pero al final ignoraron esa duda.

—¡Ladrones! —exclamó la señora Zamora.

—¿Y para qué vamos a querer esta basura? —preguntó Claudia, mostrando los pantalones, que habían dejado de expulsar dinero.

—¡Nos quieren perjudicar! —gritó el señor Zamora. Luego él y su grupito corrieron hacia la mesa para pillar a Emilio y a Claudia.

Los tres se echaron con todo, pero Emilio y Claudia saltaron de la mesa cayendo detrás de sus atacantes. Corrieron.

—¡Devuelvan ese pantalón! —gritó la señora Zamora mientras los perseguían por el pasillo, recogiendo billetes del piso para quedárselos. La sensación de correr encima de muchos papelitos era extraña.

Emilio y Claudia entraron en la pieza de sus pa-

dres y cerraron la puerta con dificultad, por los billetes que se amontonaban.

Los tres, al otro lado de la puerta, gritaban que les abrieran, mientras daban palmadas a la puerta.

La señora Zamora se enfureció. Se sacó el zapato con tacón y empezó a golpear la manilla de la puerta. ¡PUFF! El tacón se salió del zapato. ¡PUFF! Emilio trató de abrir la ventana para huir. ¡PUFF! Estaba atorada. ¡PUFF! Golpeaban más fuerte. ¡PUFF! Claudia alejó a Emilio y le dio un codazo a la ventana. ¡PUFF! El vidrio estalló. ¡PUFF! Claudia salió por la ventana sin vidrio. ¡¡¡PFFFFF!!! La puerta se abrió.

Emilio saltó lo más rápido que pudo por la ventana.

Los tres corrieron. Los dos en el patio, también.

Emilio y Claudia corrieron nuevamente por el patio, hasta salir de la casa y llegar a la calle. El señor y la señora Zamora, y Javier también, salieron lentamente por la ventana. Yendo muy atrás de los demás, ya que la señora Zamora no se apuraba en recoger billetes del suelo.

Cuando los tres llegaron a la iluminada carretera, no se molestaron en seguir corriendo. En vez de eso, el señor Zamora levantó la mano para detener un taxi, el que frenó y al que se subieron.

—¡Persiga a esos niños! —le gritó la señora Zamora al taxista.

—Pero…

—¡Pero nada! ¡Tome! ¡Sigalos! —le dijo la señora Zamora, tirándole los billetes que había recogido.

El taxi siguió a Emilio y Claudia que corrían, apurados, por la calle.

—¡Apúrate! ¡Más rápido! —le ordenaba la señora Zamora al taxista.

—Pero, señora, voy a la velocidad máxima permitida…

—¡No nos importa! ¡Vaya más rápido! —se metía el señor Zamora, quitándole de las manos el dinero a la señora Zamora y dándoselo al taxista.

El taxista aceleró.

Cuando Emilio y Claudia se dieron cuenta que eran perseguidos por sus familiares molestos, decidieron salirse del camino hacia un bosque al lado de la carretera.

Normalmente era utilizado como parque los fines de semana. Pero no era fin de semana y tampoco parecía un bosque público esa mancha en medio del pueblo. A lo mejor sus padres ni se darían cuenta que sus antiguamente amados hijos estarían ahí. Y eso les daría tiempo de poder esconder el pantalón en alguna parte.

No pensaban en romperlo (ni siquiera traían algo para

Romperlos). Y en ese momento lo más importante era alejar los pantalones del resto de su familia.

El problema es que el deseo de tener el dinero de los pantalones le agudizó la vista a la señora Zamora. Y cuando vio a dos siluetas corriendo hacia el bosque estaba segura de que eran sus “hijos”.

—¡Pare! —gritó histérica al conductor.

En los dos insignificantes segundos en que el auto paró con un ruido sordo, la señora Zamora abrió la puerta del auto y salió corriendo. También el señor Zamora y Javier salieron, sin olvidar tirar el montón de billetes a la cara al taxista, que oía, frustrado, a los conductores de los autos de atrás, quejándose por la repentina frenada.

Nunca nadie paró de correr. Jadeaban, corrían, jadeaban, corrían.

Emilio en muchas ocasiones casi se caía por lo oscuro que estaba el suelo, pero siempre era salvado por alguna ramita de un árbol a su lado.

Claudia corría decidida. No estaba segura de que todo acabaría.

Tenía sus dudas. ¿Sólo alejar los pantalones haría que su familia cambiara? ¿Qué pasaría si alguien más los encontrara? ¿Podría ser alguien capaz de tomar unos viejos pantalones de un basurero sin tener ni la más remota idea de qué eran?

Pues claro, como su hermano.

No tenían tema de conversación, hasta que Emilio murmuró:

—Ya quiero acabar con esto.

—Yo también…—jadeo Claudia.

Escucharon un susurro. Se quedaron quietos y luego voltearon, desconcertados. No había nada.

Claudia miró hacia delante.

—Mira. Ahí lo podríamos dejar —dijo Claudia, con tono de Inseguridad, apuntando hacia una cueva.

—No lo sé… —murmuró Emilio, mirando en esa dirección.

Y aunque Claudia estaba realmente asustada por la cueva y los murmullos del viento, trató de hacerse valiente diciendo “vamos”.

Entonces corrieron hacia la cueva. Al llegar estaban muy arrepentidos, porque en el fondo de la cueva no se veía nada. A los dos les daba vergüenza tener que decir “mejor no”. Pero Claudia, sin atreverse a traspasar la oscuridad, tomó los pantalones y dijo:

—Bueno, dejémoslo aquí.

Respiró. Su brazo fue hacia atrás y tomando energía lanzó los pantalones hacia dentro.

El pantalón desapareció en la oscuridad. Como mínimo haciendo un eco al caer al suelo ¡POF! (ligeramente bajo).

—Okey…—dijo Emilio, mirando inseguro la oscuridad —, creo que ya…

Tres figuras se tiraron encima de los hermanos. Y por supuesto que eran el matrimonio Zamora y Javier.

—¡Alcanza los pantalones! —ordenó la señora Zamora al señor Zamora, que giraba en el suelo como un hamster.

Los pantalones estaban mucho más al fondo de la cueva. Y la caída de los cinco juntos los había adentrado a la oscuridad. Todos forcejearon en el piso, unos para impedir que los demás se

adueñaran de los pantalones. Algunos se golpeaban por accidente o no se daban cuenta de con quién estaban luchando. Se aplastaban y giraban entre ellos.

—¡No, papá!

—¡Cállense!

—¡Tómalos!

—¡Me aplastan!

—¡Nooo!

Un viento empezó a surgir del fondo de la cueva, golpeándoles en la cara mientras los cinco peleaban.

—¡Papá, tú no necesitas esos pantalones! —le gritó Emilio al señor Zamora.

Una luz verde salió de la oscuridad.

—¡No es necesario! ¡Podemos ganar dinero de otra manera! —grito Claudia.

Empezaron a sentir como si una aspiradora los succionara. La situación se ponía tensa.

—¡No necesitamos eso! ¡El dinero no compra la felicidad! ¡Los

pantalones no son nuestros! —dijo Emilio.

Extrañamente, el aire que los enfriaba y ponía el pelo arriba venía del suelo.

Y de la nada, el suelo se abrió, dejando a la vista un agujero sin fin. Era como mirar un tornado verde desde arriba. Cientos de manos y caras humanoides rojas giraban en torno a la espiral que había en el suelo. Muy probablemente caerían. Pero pareciera que flotaran por encima del agujero sin fin.

Se horrorizaron al sentir que empezaban a bajar lentamente por el agujero.

—¡PAPÁ, MAMÁ, JAVIER! ¡USTEDES NO QUIEREN EL DINERO!

¡QUERÍAN FELICIDAD! ¡LO MATERIAL NO APORTA! ¡USTEDES

ERAN FUERTES! ¡TENÍAN SUEÑOS! —grito Emilio, casi sintiéndose en una película.

Emilio miró alrededor. Todos estaban aferrados unos a otros. El tornado los hacía bajar lentamente hacia un futuro desconocido.

El señor Zamora se volteó y miró fijamente a Emilio. Sus caras estaban iluminadas por el verde luminoso. El señor Zamora también se veía

triste y confundido.

—Y si el dinero no importa ¿Cuál es mi sueño? —preguntó.

Emilio iba a llorar. Al mirar para abajo se dio cuenta que el tornado del suelo era el mismo que había visto en el espejo del baño de su colegio.

Ya no servía hacer algo. La muerte los esperaba. El dolor y la impotencia los hacía seguir bajando al vacío.

Y ahí, Emilio pensó que todavía había tiempo de volver a la normalidad. Pensó rápidamente en el sueño de su padre. Se acordó que había guardado en su bolsillo el dibujo que había hecho de

pequeño, de su padre siendo periodista y su familia siendo feliz.

Metió la mano en su bolsillo y sacó el dibujo arrugado. Y se lo mostró a su padre.

—¡Papá, tu sueño es ser periodista! ¡El periodismo es lo que te interesa! —gritó Emilio, para que su voz fuera más fuerte que el viento

—. ¡Acuérdate de cuando te propusiste ser periodista! ¡Cuando tú y la mama nos tuvieron a Claudia y a mí! ¡Fueron felices! ¡Así ganarán el

dinero suficiente! ¡El pantalón los cambió! ¡Tienes que recordar cuánto nos quieres! ¡A Javier! ¡A Claudia! ¡A mí! ¡A la mamá! ¡Tienen que

recordar lo que nos gusta, lo que todos hemos hecho! ¡Tú no eres un millonario infeliz! ¡ERES

LA PERSONA A LA QUE MÁS QUEREMOS!

¡USTEDES HAN LUCHADO MUCHO POR LA FELICIDAD! ¡NO PUEDES CAER ASÍ! ¿¡Qué prefieres?! ¡¿Ser feliz con los que más te aman cumpliendo tu sueño?! ¿¡O gozar de lujos, no siendo tú?!

El señor Zamora miró al tornado verde, al dibujo, a su familia. Encontró en su mente miles de recuerdos. Fue rápido. Su decisión ya estaba tomada.

—Quiero ser feliz con ustedes.

Así fue que el agujero que los llevaría a un futuro desconocido se cerró.

Capítulo 7

La fogata Final

Ninguno de los cinco sabía que mientras se peleaban, muy lejos de allí, una alarma roja sonaba sin parar. La lucha había terminado. También el agujero del piso se había esfumado, dejándolos en el suelo.

La noche todavía estaba presente. Entonces, en ese momento, afuera de la cueva aterrizó un carruaje volador tirado por unos caballos blancos que galopaban en el aire. Cuando tocaron tierra, dos hombres vestidos con túnicas negras y lentes de sol se bajaron del carruaje.

Por suerte, los Zamora ya no eran controlados por la magia negra.

Ya volvían a ser ellos. Los dos hombres, al bajar del carruaje, se adentraron en la cueva. Pasaron a sus lados, intentando no pisar a la familia. Se adentraron en la oscuridad, en busca de la razón de la alarma. El señor Zamora y Emilio volvieron la vista, para ver cómo los tipos desaparecían en

la oscuridad y volvían con un hombre enano que tenía una larga barba y estaba vestido con una túnica verde. Toda la familia Zamora levantó la cabeza para ver cómo arrastraban al hombrecillo hasta el carruaje. Tenían al enano con las manos en la espalda y lo tironeaban. Le habían puesto un bozal en la boca, para que dejara de hablar con los espíritus. Cuando el enano subió al carruaje, con mucha irritación, y los dos tipos estaban a punto de subirse al carruaje volador, el señor Zamora se levantó del suelo. Fue entonces que se les acercó y les preguntó:

—¡Esperen! ¿Quiénes son ustedes? ¡¿Y ese quién es!? —dijo mirando al enano.

—Señor, somos del departamento de Búsqueda Mágica y Encargados de que no se Distribuya el Crimen. ¿Policías, les llaman? —preguntó uno.

El señor Zamora no entendió.

—Bueno, aquí les llaman de otra manera… —contestó el señor Zamora, pensando en que los policías de “allá” eran mejores.

—Ya sabemos que ustedes no lo comprenden —dijo el otro sujeto.

El señor Zamora se sintió tonto.

—Usted y toda su familia, fueron víctimas de este tipo —dijo apuntando al enano enrojecido que estaba en el carruaje.

—Se llama Aaschaley Emblem. Lo desterramos

pensando que no seguiría rompiendo la ley.

El resto de la familia se interesó por la conversación, se levantaron del suelo y se pusieron atrás del señor Zamora medio asomados, escuchando atentamente lo que decían.

—Así que por fin nos hemos dado cuenta que no ha dejado de andar maldiciendo a la gente —se burló uno, mirando al enano que estaba aún más enojado en el carruaje.

—¿Para qué el bozal? —le preguntó Emilio,

—¿Es un mago? —preguntó Javier.

—Oye ¿qué está pasando? —le preguntó la señora Zamora al

señor Zamora, mientras tomaba en brazos a Javier, inquieto.

—¿Puedo acariciar al caballo? —preguntó Claudia.

—Escuchen —dijo el policía dos—, nosotros llevaremos al criminal a la cárcel más segura que haya en nuestro mundo. No nos llevaremos los pantalones. Alguien allá puede apoderarse de ellos. No deben caer en manos equivocadas, y por favor, no vean su reflejo hasta que se deshagan de ellos y se vayan de aquí. Lo mejor es que ustedes los destruyan lo más rápido posible, para que nadie los encuentre. Ha generado varios problemas y deshacerse de ellos es lo mejor. Algunos de ustedes fueron prisioneros de la ma-

gia negra todo este tiempo. Que la tentación del dinero no se apodere de ustedes. Ya se los explicaremos. Pero si los destruyen, harían un gran favor a la humanidad. Quémenlos. Asegúrense que ardan. Ahora tenemos que irnos de aquí.

Entonces se subieron los dos policías al carruaje.

—¡Pero…! —iba a decir Emilio, pero ya era muy tarde. El carruaje

empezó a elevarse hasta que desapareció volando.

Cuando la policía se perdió en la oscuridad, la señora Zamora preguntó:

—¿Qué acaba de pasar?

Mientras frotaban unos palitos con otros, porque no tenían fósforos, Claudia y Emilio les contaron a sus padres y hermano menor lo que había sucedido. Los tres no entendían muy bien por qué hacían una fogata para quemar los pantalones, pero oían la historia atentamente.

—¿Tu reflejo trató de atraparte? —dijeron el señor y la señora al mismo tiempo, sin comprender.

—Entonces ¿casi quemamos a Javier preguntó la señora Zamora?

—¿Y se abrió un portal en el suelo? ¡Y yo que no entendía nada! —exclamó el señor Zamora.

—Pero, papá —dijo Emilio—, cuando dijiste que querías ser feliz con nosotros ¿lo decías de verdad?

Parecían que estaban muy conmovidos.

—¿Y por qué mentiría? ¡Los quiero mucho! —respondió el señor Zamora.

Todos se dieron un abrazo grupal.

—Ya —dijo la señora Zamora, tomando los pantalones del suelo

— ¿están todos seguros de que quieren quemar los pantalones? —dijo, cuando el fuego se prendió.

—¡SÍ! —dijeron todos.

—¡Mueran, pantalones! —chilló Javier.

La señora Zamora tiró los pantalones al fuego. ¡FIU! se escuchó cuando las llamas empezaron a consumirlo.

Ya estaban muy cansados, por lo que, cuando el único rastro de los pantalones era una montaña de cenizas, los cinco se levantaron del piso, dejando a las últimas llamas del fuego iluminando la cueva.

Caminaron a la luz de la luna hacia la carretera. La caminata de vuelta a casa se sintió más corta.

Al llegar al frente de la puerta de la casa, la señora Zamora dijo:

—Todavía no puedo creer que casi rostizamos a Javier. Perdón —Dijo, dándole un beso a su hijo.

Cuando el señor Zamora abrió la puerta de la

casa, se llevaron una sorpresa al ver todo el dinero que cayó a sus pies. La casa seguía inundada de billetes… Se habían olvidado totalmente de eso.

Emilio vio esto como una enorme oportunidad (aunque un poco insegura). No pudo contener la emoción y gritó:

—¡Papá, con esto te pagaremos la Universidad!

FIN.

Este es el primer libro de Salvador Guerra, famoso escritor (en su casa), donde combina magia, traición, codicia, disfunciones familiares, cuevas oscuras y espejos siniestros, vaya, vaya.

“Lo pasé chancho leyendo este libro. Espero que Salvador se convierta en un futuro super escritor, pero que no me quite la pega, eso sí”.

Esteban Cabezas (autor de Julito Cabello,
María la Dura y otros libros por ahí).